

# Históricas Digital

Álvaro Matute

“Historia política”

p. 75-85

*El historiador frente a la historia*  
*Corrientes historiográficas actuales*

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1999

148 p.

(Divulgación 1)

ISBN 968-36-7984-X

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de junio de 2023

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/279a/corrientes\\_historiograficas.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/279a/corrientes_historiograficas.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

EL HISTORIADOR FRENTE A LA HISTORIA  
CORRIENTES HISTORIOGRÁFICAS ACTUALES

1991



## HISTORIA POLÍTICA

ÁLVARO MATUTE\*

### I

La teoría y la práctica de la *nouvelle histoire française* proscibieron tres ramas de la historiografía tradicional: la política, la militar y la diplomática. Se trataba de historias de minorías, de personas, de protagonistas y no de multitudes, de masa, de mayorías. El siglo XX no podía ver con buenos ojos las historias de pocos, las historias de negociaciones o decisiones tomadas en mesas de discusión, aunque sus efectos alcanzaran a millones de seres. Practicar cualesquiera de esas tres ramas de la historiografía podía ser mal visto; hacerlo implicaba asumir un tradicionalismo o estar en la retaguardia. La larga duración se imponía sobre la historia *événementielle*. Y sin embargo...

No reprocho a los creadores de los *Annales* su reacción contra lo tradicional, sobre todo en la medida en que se llegó al abuso erudito, a la historia sin sentido, a sobredocumentar hechos baladíes, fuesen éstos de orden político, diplomático, militar o de cualquier otro tipo de género historiográfico. La reacción de los historiadores de los *Annales* era justificada; no obstante, no en todas las latitudes podía resultar sano prescindir de las historias política, militar y diplomática. Me refiero de manera principal a los países que no han resuelto su presente, no propiamente en el aspecto militar, que resulta ser el más coyuntural pero, sin lugar a dudas, en el ámbito político tanto interior como exterior. Es decir, mientras la relación entre el presente y el futuro políticos de un país no haya sido dilucidada, el escudriñar su pasado en esos renglones es necesario. Me refiero, por igual, a los ámbitos políticos interno y externo, en la medida en que muchos países no han esclarecido su situación política y pueden ser presas fáciles de las grandes potencias, hecho que podría modificar sustancialmente su situación interna. Entonces, conocer el pasado político propio es tarea inminente e imprescindible.

\* Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

Asumir lo anterior implica declararse partidario de considerar que la historia no es científica, al estar determinada por el presente. Si sólo debe interesar el pasado por el pasado mismo, todo aquello que le dictan el presente y el futuro a la conciencia del sujeto pertenecerá a la esfera de las ideologías y no a la del conocimiento puro. Sin embargo, a estas alturas de la historia, quién puede afirmar que no hay aunque sea una mínima dosis de ideología en todo producto humano hecho para ser comunicado, incluido, desde luego, el acto de escribir historia. Por cierto, la historia política puede ser más abiertamente ideológica que la que se preocupa en esclarecer cómo se vestía, qué comía o cómo hacía el amor la gente, o cuánto se cobraba de interés cuando se prestaba dinero, etcétera. Hay siempre factores ideológicos, de mayor o menor magnitud, cosa que el análisis historiográfico debe esclarecer. Hay ideología porque hay una persona llamada historiador detrás de lo escrito y la ideología es consustancial a todo sujeto.

El presente que lo determina puede provenir del Estado o de la sociedad civil, o de la relación entre ambas instancias. Es posible que el primero haya determinado un mayor número de producciones historiográficas que tienden a explicarlo y fortalecerlo, o incluso a debilitarlo o tratar de destruirlo. Sin embargo, también hay expresiones provenientes de la sociedad civil que acaban por enfrentarse al Estado. Si es éste el factor determinante, el historiador puede ser un intelectual orgánico a su servicio; si es la sociedad civil, es un intelectual sin más y su función es crítica.

Todo esto viene a colación por la necesidad de hacer historiografía política. Ciertamente, quien se ocupa de la historia política está interesado en el presente y en el futuro de su entorno; de ahí surge su inclinación por el pasado. Hace poco más de diez años Arnaldo Córdova expresó, no sin razón, que “la historia es maestra de la política”.<sup>1</sup> Puedo asegurar que quien examina con cuidado un aspecto político del pasado puede obtener una gran claridad para entender cuestiones o situaciones políticas del presente.

## II

No quiero, sin embargo, bordar en el vacío. Creo que la historia de la historiografía contemporánea de México puede ser pródiga en ejemplos de lo que estoy afirmando. Voy a referirme, no sin incurrir en cierto maniqueísmo, a dos en particular: Daniel Cosío Villegas y Jesús Reyes Heróles.

*En Historia, ¿para qué?*, México, Siglo XXI, 1980, 245 p., p. 131-143.

Es público y notorio que cuando escribió Cosío Villegas su célebre ensayo *La crisis de México*<sup>2</sup> le hacía severos cuestionamientos al Estado, desde la perspectiva de la sociedad civil. Su condena al presente como traidor del pasado lo llevó, después de atender diversas opiniones, a querer conocer mejor el pasado. Uno de sus comentaristas, José Revueltas, señaló que Cosío no tenía en cuenta la historia.<sup>3</sup> No sé si ese comentario fue el decisivo, pero el hecho es que en 1948 Cosío Villegas inició, en El Colegio de México, el Seminario de Historia Moderna de México, con el que se proponía elaborar una macrohistoria del porfiriato y la República restaurada, que contemplara los aspectos económico, social y político.<sup>4</sup> Y en efecto, lo hizo. Durante más de veinte años, don Daniel, rebasando sus propias expectativas, produjo un monumento historiográfico dentro del cual él mismo recreó más de cuarenta años de vida política interior y exterior de México. Cosío Villegas logró hacer de sí mismo una interesante simbiosis de historiador y comentarista político. No es el primero, ni será el último, ya que la historiografía mexicana y la de otros países está llena de ejemplos como el que nos ocupa. ¿Cuántos participantes de la Revolución Mexicana se convirtieron en sus propios historiadores? ¿Cuántos escribieron la historia de la Revolución en diarios y después la recogieron en libros? El historiador político y el periodista están muy cerca uno del otro, a veces totalmente fundidos, de manera que cuesta trabajo hacer el deslinde. Me atrevo a decir que cuando se leen las páginas, sobre todo de los dos volúmenes de *El porfiriato. Vida política interior*, se tiene la impresión de estar leyendo los periódicos del día a través de uno más de los comentaristas políticos de entonces. El haber hecho esta lectura entre 1970 y 1971, cuando se dio un gran momento de Cosío Villegas en las páginas de *Excélsior*, permitía comparar esas dos dimensiones del hombre preocupado por el acontecer político presente y pretérito. Permitía conocer las reacciones de don Daniel frente a lo cotidiano de hoy y a lo cotidiano del porfiriato.<sup>5</sup>

Muchos colegas, sobre todo politólogos, se resistían a aceptarlo y tal vez a entenderlo. Para los más puristas, Cosío Villegas carecía de metodología. Para otros, sí la tenía pero era *voluntarista*, es decir, centraba su análisis en los carac-

<sup>2</sup> Aparecido por primera vez en *Cuadernos Americanos*, año VI, n. 6, marzo de 1947. Recogido por su autor en *Extremos de América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949, p. 9-43.

<sup>3</sup> José Revueltas en Stanley R. Ross, *¿Ha muerto la Revolución Mexicana?*, 2 v., México, Secretaría de Educación Pública, 1972 (SepSetentas, 21-22), v. I, p. 172-180.

<sup>4</sup> Enrique Krauze, *Daniel Cosío Villegas: una biografía intelectual*, México, Joaquín Mortiz, 1980, 318 p., capítulos VII y VIII. Ver también Clara E. Lida y José A. Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural 1940-1962*, México, El Colegio de México, 1990, 395 p. (*Jornadas*, 117), p. 291-311.

<sup>5</sup> La producción periodística de entonces de Daniel Cosío Villegas está recogida en *Labor periodística*, México, Ediciones Era, 1972, 405 p.

teres individuales de los políticos. Creo no equivocarme si afirmo que se referían al Cosío del periódico, no al historiador, aunque, efectivamente, como buen liberal era personalista y voluntarista. Sin embargo, poseía el don especial para, con su gran experiencia, saber qué era lo que había que analizar. Cosío es un maestro indiscutible de la historiografía política en la medida en que, sin teoría explícita, no dejó fuera ninguna figura pública significativa, a saber, el presidente, los secretarios de Estado, los miembros de las cámaras, los gobernadores, los periodistas, en fin, todos aquellos que están en la toma de decisiones, que ejercen el poder, que tienen algo que decir. Acaso víctima de su método reconstructivo y de la ausencia de fuentes primarias confiables, no incluyó en su análisis a interlocutores de alto rango del poder, cual fue el caso de los dignatarios de la Iglesia católica, *id est* monseñores Gillow y Mora del Río *et al.* Sin embargo, quien quiera adentrarse en lo que es el mundo del poder público, debe leer las casi dos mil páginas de los últimos tomos de la *Historia moderna de México*. No se arrepentirá. Son una lección de análisis y reconstrucción política. Son también una expresión a la vez comprensiva y contestataria de lo que sucedió en el porfiriato. Todo a partir de un eje, que es el propio Porfirio Díaz. De ahí que, cuando comentaba lo que sucedía al final del sexenio de Díaz Ordaz y durante el de Echeverría, lo tuviera siempre en la mira, porque el sistema político mexicano es presidencialista y, si se prescinde de la persona que ejerce el poder, no se entiende. Es imposible comprenderlo a partir sólo de elementos estructurales. La psichistoria hace mucha falta.

Es fácil suponer que al final de su vida Cosío Villegas quedara satisfecho de haber logrado la comprensión del sistema político mexicano mediante la reconstrucción de la política porfirista. Ésta le dio el perfecto marco de referencia para obtener, desde lo casuístico, la gran estructura. A partir de un análisis empírico exhaustivo es posible llegar a la construcción de un modelo. No es la ciencia política la que determina un modelo para ser llenado por la historiografía, sino a la inversa, es la reconstrucción historiográfica la que permite la elaboración del modelo. Si alguien quiere “cientifizar” el porfiriato o alcanzar una abstracción aun mayor, allí está el material empírico que le puede servir de punto de partida. Si trata de hacer las cosas al revés, puedo asegurar que no van a funcionar. Se debe llegar a la abstracción; difícilmente es posible partir de ella. Finalmente, es la realidad la que propone sus modelos. Y por cierto, a ese británico que fue don Daniel nunca le interesó la abstracción, ni le hizo falta. Claro está que el abuso de lo casuístico puede llevar al investigador al solipsismo, si se queda solamente en ello, es decir, en el caso aislado. Esa concreción puede resultar aun más abstracta que cualquier modelo teórico. En realidad, todo depende de las preguntas que se le hacen al

pasado y/o al presente. Si se reconstruye sin interrogaciones, la respuesta no tiene sentido, porque no existe. Si se comienza con preguntas ajenas, abstractas, tampoco se llega a las respuestas, porque no se sabe cómo buscarlas. Simplemente, no se encuentran. Cosío Villegas perteneció a esa estirpe de hombres políticos que descubrieron en la historia el surtidor de respuestas, así como en el siglo XIX lo hicieron Mora, Zavala y Alamán.

Anuncié antes que trataría el caso de Jesús Reyes Heróles. Es interesante contrastarlo con el de Cosío Villegas. Lo es porque en Reyes Heróles encontramos a un magnífico ejemplar de intelectual orgánico. Tal vez el mejor que produjo el siglo XX mexicano. Hombre político, destacó como estudioso del liberalismo mexicano. Más que historiador de la política fue historiador del pensamiento político. Esto es diferente. Si mi esquema funciona y a Cosío lo impulsa la sociedad civil y, por ello, analiza el comportamiento de los políticos, a Reyes Heróles lo motiva el Estado y por eso se interesa en explicar el pensamiento político de los individuos. No es lo mismo hacer que pensar, porque a veces el pensamiento enmascara la acción, la justifica, la ideologiza, en suma. Para el Estado mexicano era vital reconstruir sus tradiciones, aquello que lo sustenta. Reyes Heróles lo encontró en el liberalismo y particularmente en lo que estableció como liberalismo social, es decir, un liberalismo que se aparta de los modelos europeo y norteamericano y que se adapta a la circunstancia mexicana, que no podía tener un pensamiento político calcado de fuera sino uno matizado por sus peculiaridades. La realidad social mexicana no podía darse el lujo de tener un *laissez faire* absoluto, más bien debían imponérsele limitaciones aunque sin perder de vista la libertad de acción. No pretendo reducir a fórmulas breves un texto de la riqueza y complejidad de *El liberalismo mexicano*.<sup>6</sup> Se trata de una obra que ofrece dificultades por lo complejo de su arquitectónica, sobre todo en el volumen segundo, y por su tesis de la continuidad del liberalismo de 1857 en la Revolución Mexicana, que omite de su análisis el periodo del porfiriato cuando el liberalismo coexistió con el positivismo y tuvo una metamorfosis fundamental, que no puede ser preterida como si este periodo fuese un abismo entre Reforma y Revolución. Eso es historia oficial y, por consiguiente, no es verdad científica. Las tesis de Reyes Heróles están dirigidas a sustentar la ideología del Estado mexicano. No quiero, con esto, descalificarlo, sino expresar la diferencia sustancial que existe entre su obra y la de Cosío Villegas. Ambas hacían falta. El Estado requiere de elementos ideológicos para sustentarse; la sociedad civil necesita de elementos analíticos para ponerle límites a la acción del Estado. Tal vez, si no

<sup>6</sup>Para una excelente crítica de *El liberalismo mexicano*, véase la reseña de Charles A. Hale "Examen de libros", en *Historia mexicana*, v. XII, n. 3 (47), enero-marzo de 1963, p. 457-463.

se rompe el equilibrio, la relación es armónica, hasta donde esto sea posible; si no, la “dictadura perfecta” a que hizo referencia Mario Vargas Llosa deja de tener el calificativo y se queda con el sustantivo a secas, con el consiguiente deterioro de la sociedad civil.

Así como es necesario conocer la reconstrucción de la acción política en un amplio momento histórico, según lo hizo Cosío, es menester conocer también la que realizó Reyes Heróles, acerca de cómo se fue construyendo e integrando una serie de pensamientos que a la postre conforman una ideología sustentante. “La integración de las ideas”, como él llama a su proceso, es clave para captar cómo ve un ideólogo del Estado la herencia que éste recibe del pasado y cómo la amalgama consigo mismo, de acuerdo con su propio devenir.

Daniel Cosío Villegas y Jesús Reyes Heróles, aun cuando miembros de generaciones distintas, tienen en común el hecho de haberse acercado a la escritura de la historia por necesidades semejantes, aunque impulsados por motivos diferentes. Ninguno de los dos había tenido, antes de serlo, la formación de un historiador profesional. Lo que quiero dejar bien claro es que se hicieron historiadores porque experimentaron la necesidad de escribir historia, no porque antes de enfrentarse a esa posibilidad hayan querido ser historiadores de lo que sea. Dicho en pocas palabras, ninguno de los dos estudió historia. Con ello se convirtieron en eslabones de una larga cadena de historiadores pragmáticos, que por razones vitales investigan y escriben, pero que su actividad original había sido otra, en particular la política. Eslabones, pues, de una cadena que en el México independiente se remonta a los citados Mora, Zavala y Alamán, y que en la Revolución Mexicana tiene numerosos ejemplos. Y después de Cosío y Reyes ¿qué pasa? Que ellos son puentes entre el pragmatismo político historiográfico y la práctica de la historiografía en instituciones académicas. De hecho, ellos ya escriben desde dentro de instituciones, acceden a lo académico por ser éste el espacio *ad hoc* para poder realizar su propósito, pero no son académicos permanentes, sino que entran y salen de la academia según las circunstancias. Siempre conjugan la historia con la acción,<sup>7</sup> dentro del Estado o en el periodismo político, y cuando es necesario retornan a la academia. Para concluir esta parte, se puede parafrasear a Arnaldo Córdova expresando que, en su caso, la política es maestra de la historia.

<sup>7</sup> Reyes Heróles, “La historia y la acción”, en Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México, 1940-1973*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974, 202 p. (Sep/Setentas 126), p. 173-198.

## III

¿Pero qué sucede con las nuevas generaciones? ¿Hay alguien que desde afuera, es decir, desde la sociedad civil o desde el Estado pueda arribar a la academia con buen éxito? En principio no habría ni que dudarlo, ni restringir el derecho que existe de hacerlo. Pero hay que tener en cuenta la sofisticación que la propia academia ha establecido, no para que los de fuera no puedan llegar a ella, sino para cumplir con los requisitos fundamentales de elaborar productos de validez científica, aunque exista el infranqueable factor ideológico.

Por otra parte, pese a la *nouvelle histoire*, a miembros más jóvenes de la academia no les debe estar vedado el investigar la política, aunque carezcan de experiencia política. Es decir, sus conocimientos no son empíricos sino teóricos, esto es, adquiridos en las lecturas. Aquí entran en funciones las teorías y el conocimiento historiográfico de diferentes realidades, tanto actuantes como acontecidas, de manera inmediata o lejana, en tiempo y espacio, que ayudan a explicar realidades igualmente pasadas o presentes, propias o ajenas.

Hay una interesante novedad producida en el medio mexicano, aunque no es exclusiva de él, y es la operación inversa que se ha dado entre el quehacer político y el intelectual. Si bien lo clásico era esperar que fuera el político quien rompiera el silencio y se convirtiera en historiador, en los dos últimos decenios, varios académicos—historiadores— e han convertido en políticos, sin abandonar del todo el quehacer intelectual. El ya varias veces citado Arnaldo Córdova ha sido diputado federal. Lorenzo Meyer ejerce una labor periodística muy encomiable y su influencia en la opinión pública es notoria. Enrique Krauze y Héctor Aguilar Camín cuentan con órgano, de expresión muy tomados en cuenta por la clientela de los dos ámbitos, esto es, del Estado y de la sociedad civil. Incluso es muy sintomático que Krauze haya declarado alguna vez su politización, dejando atrás el purismo que pretendía en su polémica con Enrique Florescano y con varios de los autores de *Historia ¿para qué?*<sup>8</sup>

Esta situación ha puesto de manifiesto que tanto historiadores como politólogos han ido conquistando un espacio como personajes que influyen en el poder y, por consiguiente, de acuerdo con Weber, ejercen una *vocación política*, aunque en principio sus armas son las que utiliza la crítica, como diría Marx. No me refiero al intelectual que abandona su quehacer para insertarse en la administración pública, sino de quien usa sus conocimientos, no sólo para establecer una verdad sino para influir con ella en la toma de decisiones funda-

<sup>8</sup> Enrique Krauze, *Caras de la historia*, México, Joaquín Mortiz, 1983, 194 p., p. 15-38. Hizo la autorrectificación en una entrevista a Roberto Vallarino en *Uno más uno*. No tengo la fecha.

mentales. Es un cambio cualitativo de interés con respecto al siglo XIX, en el cual no había espacios académicos y el intelectual-político usaba el libro y el artículo para seguir haciendo política.

En este punto cabe destacar que uno de los temas más frecuentes de la historiografía política mexicana contemporánea, así como de la ciencia política, es el Estado. No es que los mexicanos hayamos incurrido, como sugiere Alan Knight, en una “estatolatría”; no somos adoradores del Estado, sino que la magnitud del Estado mexicano, pese a su disminución económica actual, es enorme y por ello toda referencia histórico-política lo incluye. Es difícil no incurrir en la historia del Estado, ya que éste ha acaparado muchas funciones que la sociedad civil no ha asumido. Es de esperarse que en los próximos años, y dada la abundancia de textos sobre el Estado mexicano, comiencen a aparecer otros sujetos histórico-políticos como tema de investigación, de manera que la débil sociedad civil sea conocida en su formación histórica.

Si bien la historiografía política siempre pecó de una fuerte dosis de empirismo, no todo surgió de ahí. Hace más o menos un par de decenios, Moisés González Navarro, historiador formado en la sociología, acudió a la sabiduría weberiana para explicarse y explicar realidades histórico-políticas mexicanas. Es particularmente interesante la aportación al conocimiento de la distinción entre caudillismo y cacicazgo, en la obra de su discípulo Fernando Díaz Díaz.<sup>9</sup> Como puede advertirse, antes de anunciar que se tratará de cotejar a Antonio López de Santa Anna con Juan Álvarez lo cual podía haber dado lugar a dos biografías casuísticas, se procura entender a dos figuras históricas a partir de una conceptualización llena de significado, que hace referencia a diferentes tipos de dominio en realidades sociales concretas. La aportación de González Navarro y de Díaz al conocimiento histórico-político es doble, en la medida en que Santa Anna tipifica a un caudillo y Álvarez a un cacique y esto ayuda, de manera muy efectiva, a conocer mejor la realidad política del siglo XIX y a entender las circunstancias concretas de los dos personajes, más allá de su simple descripción. Antes bien, está presente la fusión de las conductas y acciones políticas con la explicación, si se quiere científica, de esas realidades encarnadas por el caudillo y el cacique. Y no sólo eso. Además de iluminar sobre dos personajes y situaciones concretos, se abre el panorama para conocer cómo funcionaban, en otras épocas, los mecanismos de poder, de dominación carismática, por ejemplo, de Porfirio Díaz frente a un Álvarez de la Cadena, o de Álvaro Obregón frente a un José María Sánchez.

<sup>9</sup> Fernando Díaz Díaz, *Caudillos y caciques. Antonio López de Santa Anna y Juan Álvarez*, México, El Colegio de México, 1972, 354 p.

Además de hacer públicos mi entusiasmo y adhesión a este tipo de historiografía de apoyo sociológico weberiano, creo importante consignar que su aportación significa un paso serio hacia adelante por lo que toca a un conocimiento profundo de la sociedad mexicana en sus expresiones de poder. La historiografía política se enriquece en la medida en que los rasgos típicos de dominación, que se manifiestan en algunos prototipos políticos, ayudan a establecer continuidades y rupturas, progresos y retrocesos y, en suma, a enriquecer el análisis de la realidad política en diferentes tiempos y espacios. (Entre paréntesis debo señalar que, para mí, caudillismo y cacicazgo no son formas pretéritas de dominación política, ni tampoco que el caudillismo sea necesariamente una forma retardatoria, pero ése es otro asunto.)

Se trata de una historiografía interdisciplinaria muy saludable. Si bien siempre he sido partidario del deslinde entre lo que es y lo que no es historiografía, deslinde que me parece fundamental, esto no es contradictorio con estar abierto hacia la colaboración entre dos o más disciplinas. Creo que la historia tiene por objeto establecer cómo sucedieron las cosas; la sociología, explicar cómo sucedieron, desde la sociedad, y la ciencia política mostrar las relaciones y mecanismos del poder y su entorno. La amalgama de los tres elementos, dentro de una buena narrativa, puede resultar muy esclarecedora, como lo ha sido en otras obras del propio Moisés González Navarro, por ejemplo, su *Anatomía del poder en México (1848-1853)*.<sup>10</sup> Durante los últimos veinte años, de hecho, ha habido un interesante intercambio entre estudiosos de uno y otro campo, gracias al interés por el estudio del pasado de sociólogos y politólogos que han devenido historiadores, así como el de uno que otro historiador que se interesa por el presente/futuro.

Aparte de la tipología política, hay otro sector de interés en la historiografía política contemporánea –por lo menos de interés para mí, claro está– y es el constituido por las aportaciones de la prosopografía. Esta palabra rimbombante puede significar algo tan simple como biografía colectiva o también algo tan conceptual como análisis múltiple de línea de curso.<sup>11</sup>

No es propiamente un “último grito de la moda”, porque, sin pedanterías ni nada semejante, Luis González la ha practicado en nuestro medio de manera eficaz, lo mismo que politólogos que han escudriñado el pasado como Peter Smith y Roderic Ai Camp e historiadores como François-Xavier Guerra y Richard Sinkin, entre otros. La prosopografía es una metodología y a la vez práctica de análisis de enorme utilidad para el campo político, ya que tiene

<sup>10</sup> Moisés González Navarro, *Anatomía del poder en México*, México, El Colegio de México, 1977, 498 p.

<sup>11</sup> Lawrence Stone, *El pasado y el presente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 289 p., p. 61-94.

como fin el conocimiento de las relaciones que los grupos políticos establecen entre sí, ofreciendo la posibilidad de explicar la acción de los grupos políticos, de acuerdo con sus orígenes sociales y su proceso formativo. En las obras de algunos de los autores mencionados se puede ver con claridad cómo opera el mundo de las relaciones políticas, ya se trate de casos de herencia, de compadrazgo, de generación, de regionalismo, etcétera. La prosopografía es un instrumento muy valioso para estudiar a los políticos de todos los tiempos, que estén unidos por situaciones externas, como la composición de un congreso, por ejemplo, o también para desentrañar relaciones que se intuían pero no se tenían muy claras acerca de la integración de un gobierno. Asimismo, funciona para conocer las raíces de una generación, sus nexos escolares, su proceso formativo, entre otros aspectos. Creo que en particular los libros recientes de Camp y el muy celebrado de Smith son muestras fehacientes de los alcances de esta metodología.

La historia política de México tiene como temas fundamentales los siglos XIX y XX. Al menos aparentemente, ya que se han producido trabajos que abarcan la totalidad de los tiempos mexicanos, desde la etapa prehispánica, sobre la cual Alfredo López Austin nos ha iluminado con libros y artículos; la colonial, acerca de la que, no hace muchos años, un grupo del Instituto de Investigaciones Históricas, bajo la guía magistral de Woodrow Borah, publicó un texto importante sobre el gobierno provincial. Pero los siglos XIX y XX son el campo de su predilección. En los últimos años, una tónica, si no preponderante al menos muy significativa, es la que ha tratado de establecer las relaciones entre los grupos oligárquicos y el poder o, expresado de otra manera, de desenmascarar a las oligarquías y explicar cómo los prestamistas, más que los burócratas y militares, eran quienes detentaban el poder.<sup>12</sup> Esta llamada de atención es pertinente porque, de manera tradicional, el inmediatismo, o sea la tendencia a sólo ocuparse de los tiempos más recientes, había dominado la historiografía política, produciendo desdén por los tiempos más remotos. Y aquí puede estar el punto de unión entre lo que destacué al principio y el avance de la historiografía política en México, que no es otra cosa que la recuperación del tema político por la historiografía, ventilada por los aires de los *Annales*. De los que he mencionado como temas que se investigan ahora, no hay ninguno que pudiera ser rechazado como historia *événementielle*, es decir, de hechos menudos, aislados y únicos, sino que se trata de una historia de relaciones; si bien le hace falta tender puentes que iluminen trayectorias

<sup>12</sup> En ese sentido van los trabajos de Bárbara Tenenbaum, por ejemplo, *México en la época de los agiotistas, 1821-1857*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, 235 p., y los de Leonor Ludlow, entre otros investigadores.



de gran longitud, ya hay avances que permitirán el establecimiento de conductas políticas tradicionales y modernas, por ejemplo, a través del estudio de fenómenos como el cacicazgo, que ha llamado la atención de sociólogos, historiadores, antropólogos y politólogos.

Además está el compromiso. El interés vivo por la acción política que nos abarca a todos. En el conocimiento de su historia pueden encontrarse claves para incidir sobre la modificación de nuestra realidad. Es muy difícil ser aséptico en esta especialidad. El viejo pragmatismo político, pese a la academización de nuestro trabajo, sigue ahí. Ciertamente, muchos somos observadores de momentos del pasado o de periodos de larga duración a los que dedicamos nuestros esfuerzos de investigación, y con respecto a la actualidad no somos ni burócratas ni ideólogos de partido. Aspiramos a ser ciudadanos y, por ello, no perdemos de vista nuestro propio acontecer. En historiografía política no es posible abstraerse del presente aunque no nos dediquemos profesionalmente a escudriñarlo. Pero aunque no entendamos lo que pasa, ni tengamos claves para esclarecer nuestra realidad circundante, es pecaminoso no tratar de entenderla, no seguirla, no sentirse involucrado en ella, no saber que las decisiones de pocos afectan a muchos, y entre esos muchos, a nosotros. Nuestra conciencia de historiadores nos obliga al diálogo del presente con el pasado, con cualquier momento del pasado. Si eso no ocurre es que no hay ni ciudadano ni historiador.